

Jesús Ángel Arrate Jorin

ARXURIA: una historia de carlistas y liberales

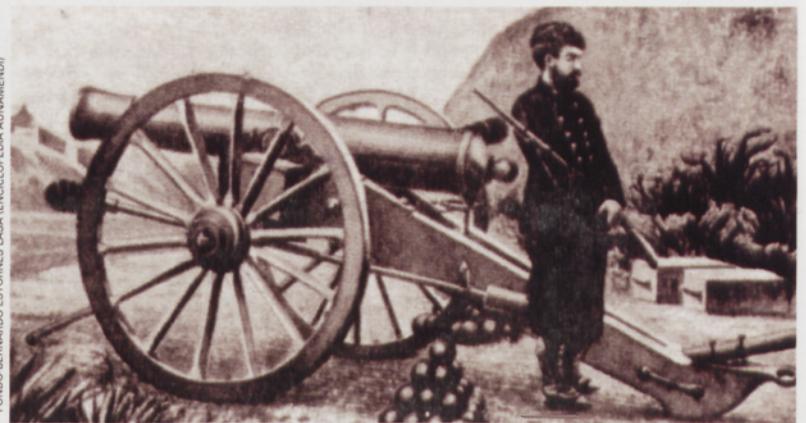
LAS montañas nunca han sido ajenas al devenir de las gentes que las rodean, desarrollándose en sus cimas y laderas acontecimientos que han pasado a la historia. El monte Arxuria es un ejemplo. Situado en valles navarros, frontera con Lapurdi, es también conocido como Peñaplata. Sentados en su rocosa cumbre, se nos presenta un paisaje idílico, prácticamente idéntico al que contemplaron

los soldados carlistas y liberales que lucharon por la posesión de esta cima durante el invierno de 1876. Ha llegado el momento de aproximarse a la montaña de una forma diferente; aventurándonos a seguir los pasos de aquellos que vivieron lo que hoy es ya parte de nuestra historia, mientras nos empapamos del lado más humano y trágico de una montaña que -se dice- brilla intensamente bajo el sol.

■ 18 DE FEBRERO DE 1876, ATARDECER EN LAS FORTIFICACIONES CARLISTAS DE ARXURIA

Me llamo Joanes Etxeaundia. Nací en Erratzu, más concretamente en el barrio de Gorostapalo, en el año de 1856. Me encontraba en Sara, en el caserío del hermano de ama, cuando comenzaron los rumores del alzamiento. Desde allí vivimos el inicio de la contienda, pasando del descalabro de Orokieta a la euforia de los primeros triunfos. Incluso llegué a ver de lejos a Don Carlos cuando cruzó la frontera por Dantxarienea, mientras los cañones situados en el fuerte del Arxuria saludaban con salvas su retorno.

Mis tíos todavía recordaban lo que era la guerra y sus calamidades, -no en vano, uno de mis abuelos quedó enterrado en las trincheras que cercaban Bilbao durante la primera contienda- así que con un sentimiento más práctico que patriótico, encauzaron todo mi ardor juvenil en enseñarme la parte más lucrativa del conflicto: el contrabando. En el poco tiempo que llevo dedicado a este oficio me ha rondado la muerte varias veces, pero gracias a Dios, siempre he podido contarlos. Sin embargo, la suerte me ha resultado esquiva en las últimas horas, y para mi desgracia, me



FONDO BERNARDO ESTORNES LASA. ENCICLOPEDIA ALUÑANENDI

■ Cañón de bronce carlista (dibujo)

encuentro en la cima de Arxuria rodeado de cuatro batallones de carlistas, con una única pieza de artillería para responder al fuego incesante de los cañones del rey Alfonso. La posición está sitiada y faltan municiones. He contado dos asaltos con bayoneta. Ojalá no esté aquí cuando se produzca el tercero.



FOTO DEL AUTOR

■ Restos de una atalaya circular en las cercanías de la cumbre del Arxuria

■ 18 DE FEBRERO DE 1876, AMANECER EN LA FRONTERA DE DANTXARIENEA

La mañana era fría. La nieve que había caído copiosamente la semana anterior desaparecía, dejando paso al agua y el barro. Había atravesado Dantxarienea al alba con la intención de llegar a Zugarramurdi, donde deseaba cerrar un trato con un tal Martín Zalakain, un contrabandista que simpatiza con la causa liberal. Gracias al acento bajonavarro de mi vascuence y mis conocimientos de francés, cruzar la frontera cuando no llevo mercancía me resulta relativamente sencillo. Para soldados y centinelas soy un simple pastor francés que se dirige a visitar a unos familiares al otro lado de la frontera.

Gracias a nuestras idas y venidas estamos al tanto de los movimientos de tropas; por nuestro bien nos conviene conocer cómo evoluciona el frente. El paso de Dantxarienea estaba en manos de los alfonsinos desde primeros de febrero. Esta pérdida fue un duro golpe para las fuerzas del pretendiente, además de suponer un notable descenso de mi actividad, ya que me impedía comerciar abiertamente con los carlistas. Es más, el propio ejército regular francés dejaba pasar todo tipo de suministros para los ejércitos del rey Alfonso. Según he oído, no es la primera vez que los carlistas situados en Arxuria intercambian disparos con las columnas francesas que cruzan la frontera, contabilizándose alguna que otra baja del lado francés.

Los generales Martínez Campos y Ramón Blanco habían entrado en tromba en el Baztan con un ejército que duplicaba o triplicaba al de Don Carlos. Las orgullosas columnas carlistas se deshacían por momentos. En las grutas de Sara se hacían heridos y los soldados que todavía se retiraban en un cierto orden, hablaban de traición por parte de los altos mandos. La ofensiva del ejército alfonsino había rodeado el fuerte del

Arxuria, que resistía tercamente bajo la supervisión del brigadier Larunbe.

Sin contratiempos llegué al pueblo de Urdazubi, donde soldados liberales se afanaban en sacar las municiones que los carlistas habían abandonado en su precipitada huida de la fábrica de cartuchos. Desde allí tomé la calzada que sube a Zugarramurdi, pasando junto a la boca de la cueva de Ikaburu. No soy supersticioso, pero todavía recuerdo a mi amama dejando ofrendas a las lamias que vivían en la cascada de Xorroxin, en Gorostapalo. Así que no sé por qué tendría que dejar de besar mi escapulario al cruzar la entrada de la gruta. Nunca se sabe.

■ Mikeletes



FONDO BERNARDO ESTORRES LUSA. ENCICLOPEDIA AUIAEMENDI



FOTO DEL AUTOR

■ El viejo camino de Etxarte que rodea el monte Mendibil

Continué por el empedrado camino topando en las afueras de Zugarramurdi con centinelas carlistas de rostros sombríos, que rodeaban improvisadas fogatas de leña húmeda. Ya en la plaza del pueblo encontré un hervidero de actividad, donde oficiales de cuidados bigotes transmitían órdenes a soldados de caballería que partían al galope, atropellando a soldados de a pie que les insultaban en castellano y vasco. Mirando hacia Arxuria podía distinguir el movimiento de tropas en las alturas: refuerzos que subían hasta las fortificaciones y hombres que bajaban lentamente sosteniendo camillas de las que sobresalían brazos y piernas. Por el sonido de las descargas de fusiles y cañones, la lucha debía de ser especialmente violenta al otro lado del monte.

A veces pequeños detalles gobiernan nuestro destino: mientras atravesaba aquel mar de uniformes, el cordón de mi alpargata se soltó de la polaina. Pisé el dichoso cordel y resbalé en las losas de la plaza, hasta dar con mis huesos sobre los restos de forraje mal digerido de las caballerías amarradas. Numerosos soldados se giraron para reírse mientras me incorporaba lleno de boñiga. Sin levantar la vista del suelo -a fin de cuentas, trataba de mantenerme alejado de todo aquello- limpié la mayor parte de suciedad de mi ropa. Me disponía a continuar cuando dos voluntarios me cerraron el paso, me encañonaron y con un gesto de la cabeza indicaron que les acompañara. Maldije al cordón de mi alpargata que, por cierto, seguía desatado y me obligaba a caminar de forma un tanto cómica.

Me condujeron hasta los soportales de la iglesia, donde un nutrido grupo de soldados custodiaba celosamente un carro tapado con una lona. Con desazón comprobé que mantenían en su mirada la sinrazón de los que creen que luchan con Dios de su parte. Entre ellos se destacó un capitán de artillería. Después de mirarme de arriba abajo preguntó con cierto desdén:

-¿Eres de la zona?- Por su acento deduje que no era vascongado ni navarro.

-Soy de Sara- Respondí, bajando la vista al suelo y adoptando la postura más servil de que fui capaz. Le siguió un silencio en el que sentí que mi vida pendía de un hilo. El capitán se giró dándome la espalda y exclamó:

-¡Enhorabuena muchacho! Acabas de incorporarte al ejército del rey Carlos- Con cara de incredulidad y susto manifiesto, comencé atropelladamente toda mi representación:

-Pero jauna, no soy más que un pobre pastor que...- Un brutal puñetazo acabó con mi discurso dejándome sentado en el suelo. Me levanté mientras contenía con el dorso de la manga la sangre del labio partido y me tragaba la ira que podía llevarme al paredón.

-¡Silencio! ¡Si no fuera porque necesito dos brazos, en estos momentos ya serías alimento para cuervos!- Y dejándome custodiado se giró para cruzar la plaza y acercarse a varios oficiales que conversaban en cerrado círculo.

Mascullando insultos contra los uniformes, los reyes y mi mala suerte, me agaché para atarme la alpargata. Apoyado en el carro, no pude evitar descubrir qué se escondía detrás de aquel paño. Al retirarlo encontré el frío metal de un pesado cañón. Uno de mis custodios, con una bobalicona sonrisa en la que faltaban varios dientes, me gritó: -¡Tendrás que empujar!-, señalando con su fusil los altos del Arxuria. Frotándome con nerviosismo las manos, por mi mente pasaban mil planes para huir y abandonar a esta partida de difuntos que pretendían alcanzar las fortificaciones de Arxuria para reforzar sus posiciones con un miserable cañón y cambiar el curso de lo inevitable.

Observaba con detenimiento al grupo de mandos carlistas cuando llegó dando voces un correo a caballo. A juzgar por el vapor que surgía del cuerpo del animal, el jinete venía fustigando a la pobre bestia durante largo rato. El mensajero procedió a transmitir sus noticias. Por la cara de preocupación de los oficiales, lo que estaban escuchando no era precisamente la llegada de refuerzos. Mantuvieron un corto intercambio de palabras que acabó con saludos marciales, para seguidamente comenzar a vociferar órdenes.

Nuestro oficial retornó ajustándose la txapela sobre los ojos, y con autoridad gritó la orden de ponernos en



FONDO BERNARDO ESTORNES LASA (ENCICLOPEDIA AUNAMENDI)

■ Carlos VII en el sitio de San Sebastián

FOTOGRAFÍA FACILITADA POR ENRIQUE SAENZ



FONDO BERNARDO ESTORNES LASA (ENCICLOPEDIA AUNAMENDI)

■ Carlos VII en Bera

marcha, en fila de a dos, con el cañón protegido en el centro de la columna. Abandonamos precipitadamente Zugarramurdi en dirección al collado de Urbia. Las mulas tiraban con esfuerzo de la pesada carga. Yo no podía dejar de pensar en mi negro futuro, tan negro como la carne de las brujas del pueblo que acabaron chisporroteando en las hogueras de la inquisición -pensé mientras me persignaba-. Los voluntarios abrían paso a empujones y sus gritos quedaban ahogados bajo el chirriar de las ruedas al resbalar en la empinada cuesta. Atrás quedaron la plaza, la iglesia y la fuente de Mukurusta. Mirando al collado de Urbia abandonamos el pueblo, cuando sonaron los disparos. Ya se luchaba en el camino que había utilizado horas antes para llegar hasta aquí. El frente se movía rápidamente amenazando con devorar nuestra pequeña partida y su pesado cañón.

En los tramos donde la calzada dejaba paso al barro, las ruedas resbalaban y nos veíamos en la obligación de empujar todos, resonando por igual gritos de ánimo e insultos. De lo poco que les he oído hablar deduzco que son un grupo heterogéneo, resultante de la descomposición de los batallones carlistas. La mayoría navarros de tierra Estella, algunos guipuzcoanos, un roncalés y algún aragonés. El oficial debe ser de esos que se pasaron al ejército carlista en busca de ascensos y mejor fortuna.

El monte Mendibil mostraba ya su forma cónica. A medida que nos acercábamos al collado y el camino perdía inclinación, no dejaba de pensar en que algo no estaba donde debía: ¿Por qué carecía de protección el paso? ¿Por qué no se veían bayonetas, ni señales de tropas en lo alto del monte? Un fuerte pescozón propinado con todo acierto me alentó a dejar de pensar tanto y a arrimar el hombro para sacar una rueda de un hoyo.

Una vez en el collado que separa Zugarramurdi de Orabidea, tomamos la antigua vía de losas que bordea el Mendibil y que lleva a los caseríos de Etxarte. Si arrastrar la pieza hasta el alto nos había supuesto despellejarnos las manos, conseguir avanzar por la calzada fue todo un infierno. Utilizando la fuerza bruta más que el ingenio, fuimos sorteando los problemas. A fin de cuentas, la calzada había sido construida para el paso sosegado de mulas cargadas con harina del molino de Obenea, no para transportar de forma atropellada material de guerra. Cuando el trabajo daba un pequeño respiro podía contemplar el maravilloso valle de Orabidea, que incluso bajo aquél plomizo día invernal relucía con todo su encanto.

Al salir de una curva, junto a la pequeña borda de Goiberea, topamos con varios soldados que atendían a un herido en una improvisada camilla. Nuestro oficial se acercó, siendo sorprendentemente recibido con el amartillamiento de sus fusiles; acto inmediatamente correspondido con el ruido de los mosquetes de nuestra partida. -Desertores-, pensé. Permanecimos paralizados unos instantes, mientras yo rezaba para que ningún dedo resbalase sobre el gatillo.

-¡Necesitamos agua para nuestro teniente!- gritó uno de los desertores. Nuestro oficial me lanzó una severa mirada, así que tomando la cantimplora que me ofrecía el roncalés me aproximé lentamente al herido. Le habían colocado junto a un roble que había crecido devorando con su tronco una gran roca. Bajo aquel árbol se moría el pobre muchacho. Le acerqué la cantim-

plora a los labios. Tras intentar beber, su débil respiración acabó por desaparecer y el puño que mantenía cerrado sobre el pecho resbaló hasta el suelo, abriéndose lentamente para mostrar un delicado medallón con un mechón de cabello en su interior. Mientras le cerraba los ojos, me detuve ante la tierna sonrisa que mantenía su rostro. Nuestro oficial masculló un "cobardes" y gruñó la orden de bajar las armas, siendo atendida por todos con un sincero gesto de alivio. Desfilamos junto a los recelosos desertores, que se alejaron campo a través, dejando atrás el cuerpo de su joven teniente y su medallón penduleándolo en una de las ramas del roble.

Cruzamos como bien pudimos el arroyo que se desliza desde las campos de Ibaineta, transformado con el deshielo en caudaloso torrente. Fue aquí donde una de las mulas resbaló en las losas de la calzada quebrándose una pata. El fogonazo de un disparo acalló sus desesperados rebuznos. Una vez vadeado el arroyo continuamos penosamente hasta un giro abrupto del camino a la derecha, que nos condujo a la cabaña que recibe el nombre de Palazioko borda. La ruta tocaba a su fin. El esfuerzo final provocó no pocos insultos y maldiciones hacia las personas de Carlos VII y Alfonso XII, dejándonos sin resuello en la campa de Ibaineta. Allí permanecimos un tiempo, dejando que el frío viento de febrero arrastrara las volutas de aire caliente que salían de nuestros pulmones.

Algunas veces el silencio produce más miedo y desconfianza que el estruendo de los cañonazos. A lo lejos contemplábamos las fortificaciones del Arxuria. Desde allí nos llegaban, traídas por el viento, palabras entrecortadas que no lográbamos entender. Los soldados retorcian en sus manos sudadas los fusiles, mientras escudriñaban los alrededores. No estábamos lejos de nuestro objetivo. Sólo teníamos que avanzar por la campa y turbera de Ibaineta para poner fin a la empresa.

La columna se puso en marcha. La pieza avanzó pesadamente por la zona encharcada. Ya podíamos distinguir las gorras de los soldados que nos esperaban en la primera línea de defensa. En ese instante, cesó el viento que silbaba en nuestros oídos, llegándonos claramente el aviso: ¡Emboscada! Seguidamente estalló el estruendo de una descarga de fusilería. Uno de los voluntarios que me flanqueaba cayó al suelo llevándose las manos a la cara. Mientras me agachaba de forma instintiva, el oficial gritaba a sus hombres que corrieran para salvar sus vidas, algo que puse en práctica sin necesidad de que lo repitiera dos veces. El condenado cañón quedó abandonado en mitad de la turbera, rodeado de algunos cuerpos inertes.

En alocada carrera alcancé las piedras de los gentiles que se encuentran en el mismo collado. Salté al interior del improvisado refugio que forman las lajas colocadas en posición vertical y, tras acurrucarme, intenté pensar con lucidez. Olvidé todo lo que la amama nos había contado sobre la magia de estas piedras.

■ Control en la frontera



FONDO BERNARDO ESTORNES LASA (ENCICLOPEDIA AUNAMENDI)

Poco importaban intangibles maldiciones cuando palpables balas zumbaban a tu alrededor. Los voluntarios escapaban hacia las trincheras donde esperaban sus compañeros y, deseando que el oficial que me había metido en esta locura estuviera rindiendo cuentas al mismísimo Satanás, corrí tras ellos como si huiera de todos lo gentiles y brujas del valle.

Trepé jadeando la empinada cuesta hasta llegar a un parapeto de piedra. Tras lanzarme de cabeza al interior acabé a los pies de un viejo soldado que recargaba su arma con aire ausente. Escupiendo al suelo comentó desdenosamente:

-Tienes suerte que esos peseteros del batallón de Cazadores de Melilla no hayan tenido buena puntería. ¿Ves aquellas banderas? Son del regimiento Toledo. ¡Todo el maldito Ejército del Norte está formando delante de nuestras narices!- Volviendo a escupir se apoyó en el parapeto mientras buscaba un blanco sobre el que descargar el mosquetón.

Todavía aturdido, con las piernas temblando, gateé por las fortificaciones, cruzando la fractura rocosa que separa las dos vertientes del Arxuria. En la otra ladera encontré un ajetreado movimiento: soldados acarreando municiones, heridos y agonizantes amontonados junto a chabolas de piedra. Fogonazos de disparos y olor a pólvora quemada envolvían toda la zona. El estruendo de las baterías alfonsinas llenaba la montaña. De pronto, entre el griterío y el ruido se iba imponiendo el silencio, a medida que los soldados se giraban para ver pasar a dos voluntarios que soportaban el peso de un oficial herido. -¡Es el brigadier Larunbel!- susurraban mientras se cuadraban ante la figura de un hombre de avanzada edad que todavía sacaba fuerzas para animar a las tropas: -¡Siempre firmes! ¡Leales hasta morir!-

Ascendí por el camino que conduce a la cima; quería comprobar por mí mismo la situación en que me hallaba. A poca distancia de la cumbre encontré una atalaya circular que servía de puesto de vigilancia. Con todas las precauciones posibles levanté la vista por encima del muro para contemplar la campa de Ibaineta trasformada en campo de batalla: el cañón permanecía donde lo abandonamos y agrupados en zonas

■ Vista del collado de Ibaineta desde el monte Mendibil



FONDO BERNARDO ESTORRES LASA (ENCICLOPEDIA AJ/NAVENDI)

■ Carlos VII y su corte

donde no llegaban los fusiles del Arxuria aguardaban los soldados del Ejército del Norte. Dos zancadas me llevaron a la cumbre, donde extenuado me senté sobre una piedra. Suspire mientras me frotaba los ojos con las manos y al levantar la vista no pude evitar una sonrisa cuando comencé a repasar los nombres de mis amadas montañas: Larrun, Mendaur, Saioa, Auza, Gorramendi...

■ EPÍLOGO

El fuerte del Arxuria o Peñaplata fue tomado al asalto la noche del 18 al 19 de febrero de 1873. Diez días después Carlos VII cruzaba la frontera por Arnegi, con el honor salvaguardado por los 10.000 soldados que le acompañaban al exilio. El victorioso general Ramón Blanco recibió el título de Marqués de Peñaplata, mientras que el brigadier Mariano Larunbe, tras ser amnistiado, retornó a su trabajo como administrador del pueblo y castillo de Javier, siendo leal "a la causa" hasta su muerte. El monte Arxuria pasaba a formar parte de la historia junto con sus vecinos: Orizki, Mendibil y Palomeras; teatros trágicos

FOTO DEL AUTOR



donde se desarrollaron las acciones de armas que tuvieron lugar del 18 al 20 de febrero de 1876 y que fueron bautizadas con el título genérico de "Batalla de Peñaplata".

■ ARXURIA EN LA ACTUALIDAD

El tiempo ha disimulado los restos de las fortificaciones del Arxuria. Forzando la vista podemos hacernos idea de los recintos, trincheras, construcciones y caminos de este baluarte. En su cara norte, cerca de la cumbre, encontramos las posiciones de las baterías. Dada la inclinación de la ladera, se niveló el terreno mediante peldaños construidos con lajas de piedra. Posiblemente desde estos emplazamientos se lanzó la salva de disparos que saludó la llegada del pretendiente cuando atravesó Dantxarienea un 16 de julio de 1873 para ser aclamado por más de 1.000 voluntarios en Zugarramurdi. Desde esta posición podemos observar el nítido camino de carros, que siguiendo un trazado en zig-zag, ascendía desde las cercanías del pueblo salvando el desnivel de la ladera hasta las posiciones de artillería y que seguramente coincide con la principal vía de acceso a todas las fortificaciones.

En cota más elevada, en el pequeño collado donde la barrera de rocas del Arxuria pierde su continuidad, encontramos los restos de las construcciones que enlazaban con las defensas de la ladera sur. Desde este punto parte un camino enlosado con grandes bloques que lleva a la cumbre. En lo alto, casi en la cima, se vislumbra la base de una atalaya circular. Al descender podemos visitar las posiciones de la vertiente sur, donde encontramos los derrumbes de muros y construcciones que cerraban y delimitan lugares estratégicos que controlaban y batían las campos de Ibaineta, así como el camino que unía

las poblaciones de Etxalar y Zugarramurdi. Prácticamente es todo lo que se conserva de aquella acción de armas. Las cicatrices del Arxuria han quedado incorporadas al paisaje natural, donde dólmenes, cromlechs y fortificaciones carlistas comparten un mismo espacio geográfico en puntos distantes de la historia.

La ruta de Joanes Etxeaundia se desvía del ascenso directo al Arxuria desde Zugarramurdi, dando un rodeo por pendientes menos pronunciadas que permiten llegar al collado de Urbia, rodear al monte Mendibil y alcanzar las campos de Ibaineta. Dos horas bastan para alcanzar la cima del Arxuria. El retorno puede realizarse por el paso de Ibaineta, utilizando el viejo camino que unía Zugarramurdi con Etxalar. □

Bibliografía y Cartografía

EXTRAMIANA, José: *Historia de las Guerras Carlistas*, Haranburu, San Sebastián, 1979.

NAGORE, L.: *Apuntes para la Historia 1872-1876*, Editorial Gómez, Pamplona, 1964.

FERRER, Melchor: *Historia del Tradicionalismo Español*, Tomo XXVII, Editorial Católica Española, Sevilla, 1959.

PARDO SAN GIL, Juan. *La Segunda Guerra Carlista en el Norte (1872-1876): Los ejércitos contendientes*. Bilduma 2000,14: 359-395.

Cuerpo de Estado Mayor del Ejército: *Narración Militar de la Guerra Carlista: de 1869 a 1876*, Volumen VII, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, Madrid, 1883-1889.

Cartografía: Bertiz, *Mapa Turístico*, Escala 1:50.000.

Ruta realizada por: Iñigo Ulibarri y Jesus Angel Arrate. Mayo y setiembre de 2003.

